

Verano en el mercado del arte

CARMEN
ROCAMORA

A medida que el calor se iba haciendo cada día más insoportable en Madrid, las Galerías fueron cerrando sus puertas. Algunas lo hicieron en Julio, otras, lo harían definitivamente en Agosto.

El mercado del arte lleva varios años debilitándose desde el punto de vista económico, lo cual, no puede extrañar a nadie, dada la situación que hemos padecido. Pero este invierno ha tenido movimientos incomprensibles.

Hemos asistido en primer lugar al cierre de algunas Galerías emblemáticas del país. Otras, (como la antigua Juana Mordó hoy Helga de Alvear), han abandonado sus recintos sagrados de toda la vida en el Barrio de Salamanca para irse a los alrededores del Museo Nacional Reina Sofía. Allí le han seguido otros galeristas, y, entre todos han montado un grupo de instalaciones al estilo del Soho de Nueva York, por su aspecto desaliñado, como el de una obra a la que todavía le faltasen unos toques finales que dar. Igualmente los cuadros que muestran, dada la colocación un tanto estrafalaria y la selección de los pintores, creo que están evidenciando esta intención.

ARTE

Por otra parte surgen Galerías nuevas, movidas probablemente por una gran ingenuidad, por capricho, o quizá por la errónea esperanza de ganar dinero.

Otras que llevaban más de quince años trabajando en forma de asociación, como Gamarra y Garrigues, primero se instalaron en el pseudo Soho, al que me acabo de referir, para luego disociarse y quedarse nada

más que con el marchamo de "Galería Gamarra".

Pintores que hace unos ocho o diez años eran los "santones" de la pintura española contemporánea, por ejemplo Lucio Muñoz, ha dado un bajón tan espectacular después de su última Exposición en la Malborough, que un cuadro, comprado por ocho millones de pesetas en su época de esplendor, hoy, se vende por debajo de los cuatro millones y aun así con dificultad. (Quizá el intento de evolución no gustó a su público, acostumbrado a las maderas oscurecidas por nogalina y remachadas por clavos y tablones, considerando que, estas nuevas tablas, recubiertas de ceras, o siliconas, en tonos claros, azules o verdeagua, simplemente rompían su estilo, sin aportar estética u originalidad en el cambio. El resultado ya lo hemos comprobado).

Paradójicamente, pintores muertos en el recuerdo para muchos, como Manolo Viola, que ninguna Galería se atrevía a exponer por un problema jurídico de testamentaria, ha empezado a subir poco a poco, a lo largo del invierno de forma silenciosa, lenta pero segura, hasta el punto de que lo que antes se vendía por 375.000 pesetas hoy asciende a 750.000.

Otro dato más. En los últimos años, Sotheby's, o Edmund Peel, (que tanto monta, monta tanto, porque se asocian y disocian con facilidad), llevaban a cabo tres Subastas en el trimestre de Octubre-Diciembre, una de Pintura Antigua, otra Moderna

y otra Contemporánea, y, posteriormente, en el semestre Enero-Junio, otras tres, de semejantes características. Este año, han hecho dos Subastas a lo largo de todo el Curso, cambiando el tipo de montaje, apostando no por grandes obras como antaño, sino por una mayoría de pequeños cuadros de los siglos XVIII al XX, pasando de ofrecer 22 cuadros, como antes, (por los que a veces obtuvo en alguna tarde más de 650 millones de pesetas), a conjuntos de 125 obras de segunda categoría, por las que, a pesar de su elevado número, no ha obtenido en bruto, más allá de 375 millones.

Y sin embargo, ARCO sigue triunfando. No importa que se elijan sus instalaciones en la Casa de Campo o en el Parque Ferial Juan Carlos I, porque se sigue llenando de Galerías extranjeras o españolas, y de público ávido de conocer nuevas tendencias y de comprar (a ser posible) alguna de las piezas únicas que solo allí se ven, traídas de Alemania, EE.UU., Italia e incluso Portugal.

Por lo tanto, el Mercado del Arte, está en un momento de transición, como el enfermo de la UVI, que igual puede evolucionar para mejor o hundirse para siempre.

El Curso próximo será testimonial de este estado crítico. Mientras tanto, me atrevo a apuntar una propuesta, que, a modo de ensayo, podrían llevar a cabo algunos Galeristas.

El turismo viene a España en verano. Madrid está lleno de los nuevos millonarios del mundo,

los japoneses, que, al tiempo que desean conocer la pintura occidental, tienen la posibilidad de comprarla. Comprendo que, después de un largo curso, lleno de penalidades económicas, impuestos, alquileres, muchas horas de trabajo y pocos ingresos, los Galeristas estén deseando cortar para irse al mar o la montaña, para entrar en contacto con la naturaleza y olvidar sus problemas... Pero quizá,

podrían dejar a alguien, (un joven con la carrera terminada, alguien que desee su primer trabajo, un parado), al frente de la Galería durante el mes de Agosto... ¡A lo mejor se llevaban la gran sorpresa de su vida: que en Agosto se vende pintura en Madrid a los turistas!... ¿Quién sabe?... Quizá pudiesen encontrarse una magnífica alegría a su vuelta... Sólo es cuestión de situar la Galería en la ruta — siempre organizada— de los buses turísticos.

Antología de Óscar Domínguez

La escalinata del Museo Nacional Reina Sofía, está llena de japoneses, agrupados, soportando el tórrido calor de Madrid en el momento central del día. En la esquina de la escalinata, un loco, un borracho, o un drogadicto, (ahora ya no se les puede distinguir), les grita: "Japoneses, volved a Hiroshima". Indignada, entro en el Museo y veo una docena de guardas de seguridad a quienes les cuento lo que está sucediendo. La respuesta es la siguiente: "No se puede hacer nada porque se encuentra fuera del recinto del Museo".

La Antológica de Óscar Domínguez compensó todos estos sinsabores. Los de los japoneses, porque naturalmente no habían entendido aquel exabrupto, y los míos, se

olvidaron en el momento en que entré en el mundo fantástico y alegórico de ese gran genio del Surrealismo y de la Pintura Metafísica.

Óscar Domínguez perteneció al grupo de pintores que constituyó la llamada Escuela de París. El nombre es controvertido y erróneo, ya que sus integrantes no formaron un grupo homogéneo, abanderado por una determinada tendencia artística, sino que desarrollaron estilos diferentes, teniendo como punto de cohesión su amistad y el haber coincidido en "la Ciudad de la Luz", sin perder por ello sus signos de identidad y sus personalidades individualizadas.

Cuando Domínguez llegó a París en 1930, el Surrealismo estaba en plena moda. Capitaneado por Bretón, quien en 1924 había dado a conocer su Primer Manifiesto, las ideas innovadoras demostraron claramente que, más que una vanguardia pictórica, lo que allí se describía era un movimiento de carácter ideológico, político y literario. En seguida se implicaron bajo esta tendencia, figuras como Dalí, Max Ernst, Man Ray, Tanguy, André Masson, Wilfredo Lam, Picasso, Miró y, naturalmente, Óscar Domínguez.

La verdadera causa fue el estado emocional de la intelectualidad europea después de la 1.^a Guerra Mundial, y sus pilares y antecedentes teóricos: El Dadaísmo, negador del arte a través del escándalo y la confusión. La Pintura Metafísica de Giorgio de Chirico, que con sus "visiones del subconsciente"

mostraba su melancolía por el pasado, en un mundo atemporal,

ARTE

clásico, grandilocuente, alejado de toda realidad vital. "Las teorías del psicoanálisis de Freud" en las que consideraba que, mediante la actividad de los

sueños, ciertos contenidos que la mente reprimía, como una forma de autocensura, salían a la luz,

apareciendo así el "nivel inconsciente", que liberaba al ser humano de sus tabúes, limitaciones, y su constante contradicción entre su ansia de vivir y su perpetua insatisfacción.

La etapa surrealista que nos presenta esta Antológica comprende desde 1929 a 1938, y en ella está patente la influencia daliniana de la "paranoia crítica", en la que la realidad se ve truncada por un objeto imposible, que rompe la racionalidad del entorno en el espacio del cuadro. De esta etapa son: "Le desir d'été" (en donde aparece un caballo con dos cabezas, en la profundidad de un paisaje en el que impera la soledad y el silencio), otra de sus obras más conocidas: "Los niveles del deseo" (1932-1933), en donde el absurdo, como vía de acceso al inconsciente, es la base de la obra. Y finalmente "Los caracoles", que recuerda el cuadro de Dalí en el que representa un plato lleno de hormigas con un teléfono al lado.

Este ciclo lo cierra con las Decalcomanías, que no son sino tintas y guaches sobre papel, que darán lugar, en muy corto espacio de tiempo, a su llamada "etapa cósmica", en la que representará los paisajes volcánicos de su tierra natal, Tenerife, siguiendo los principios del dictado automático, donde el inconsciente prima sobre la auténtica realidad, mediante la distorsión de la misma.

Entre 1939-1942, estos paisajes cósmicos evolucionan a su "Época Litocrónica", teoría inventada por Ernesto Sábato y por él mismo,

que significa "la solidificación del tiempo"... "Los personajes Litocrónicos" (1939), procedentes de una Colección particular de París, son una de las obras más espectaculares de la Antológica. Representa tres figuras, sin rostro, que igual pueden ser brujas, santas o máscaras de carnaval, en un ambiente de auténtica irrealidad, producto de lo onírico y de lo absurdo.

Ya hemos dicho que Chiricco fue uno de los soportes del Movimiento Surrealista. Su influencia en Domínguez se produce entre los años 42-43, en obras como "Frutero y revólver", "Mujer", o "El soplo", donde ya la irracionalidad, lo absurdo y el inconsciente triunfan sobre cualquier atisbo de normalidad.

Mientras tanto, el Surrealismo se había extendido por Europa, en Exposiciones itinerantes, entre otros lugares a Copenhague, Santa Cruz de Tenerife (gracias a Óscar Domínguez, a donde asistió el mismísimo André Bretón con su mujer), Londres, París, etc... al tiempo que en Bélgica había aparecido René Magritte, quien a diferencia del creador del Manifiesto Surrealista, despreciaba la actividad paranoica para dar importancia a los objetos, evocando su misterio intrínseco. Nos lo explica de esta manera: "Obtengo cuadros ante los que la mirada debe pensar de forma distinta que de costumbre". Igualmente negaba la doctrina filosófico-religiosa de Breton, instalándose en Bruselas, donde

desarrolló un Surrealismo paralelo y diverso.

Finalmente Óscar Domínguez conoce a Picasso, al que considera "el genio de la edad atómica y un entrañable amigo, y rompe definitivamente con el Surrealismo. De esta forma entramos en su etapa "esquemática" (49-53), pintando como el genio malagueño una serie de obras sobre Tauromaquia,

en las que, en algunos momentos, la cabeza del toro tiene rasgos y formas Cubistas por la plurifocalidad de la visión, representando al animal con un solo ojo, y un morro, que recuerda las máscaras africanas de las dos mujeres situadas a la derecha en "Les demoiselles d'Avignon" de Picasso (MOMA).

En los años 50 Domínguez vuelve a la Decalcomanía pintando por ejemplo "Le souvenir de Pavenir", colosal paisaje de rocas, geométricamente ordenadas, en la que dos cortes centrales separan el pasado, el presente y el futuro, mientras una máquina de escribir con las letras arrancadas y caídas, demuestra que no merece la pena seguir contando la historia del hombre, puesto que desaparecerá con él, después del efímero instante de su corta vida, rodeada de nubarrones de angustia y soledad.

Porque, a pesar de su trabajo, de su lucha por la existencia, de sus múltiples cambios de estilo y de sus fructíferos intentos de salir adelante, no pudo ocultar esa alma atormentada por la enfermedad y el dolor que le acompañó en sus últimos días.

Un tumor encefálico le hizo quitarse la vida. Hoy, en su Antológica del Reina Sofía, nos demuestra que fue un pintor que supo estar a la altura de los

grandes, como Arp, Bretón,
Dalí, Max Ernst, Lam, Mau Ray,
Masson, Roberto Matta,
Oppenheim o Tanguy.

Sin embargo desde su escalofriante
autorretrato, los ojos de Óscar
Domínguez nos miran hoy
todavía, de forma singular, casi
misteriosa, como queriendo
silenciar al público que le
admira, su extraño y terrible
secreto.